

pero abusa de las citas, arguye y divaga ignorando que la fuerza estriba en la sencillez. Sin embargo, estos oradores carecían de pueblo, sin el cual no hay elocuencia posible.

El retrato de esta época se halla con gusto en los moralistas. Carlos Saint-Evremond, noble de la Normandía, que tomó parte en todas las guerras de su tiempo, durante su larga vida se creó una reputación en el gran mundo de Francia y de Inglaterra, cortejando á las damas y en particular á Hortensia Mancini, duquesa de Mazariño, sin ponerse en ridículo á pesar de las canas. Á esto, mas bien que á otra cosa, debió la fama que alcanzaron sus escritos, siempre frívolos, pero claros y presididos por un juicio recto. Correcto sin fantasía ni sensibilidad, encerrado en una tranquila indiferencia, se mofa de las pretensiones de la Academia de querer imponer leyes á la lengua, retrata con agudeza la fastuosa y altiva nobleza y escarnece las incesantes disputas que sostenían entre sí jansenistas y Jesuitas; independencia por cierto bien extraña en su siglo. Un quidán, refiere, se unió á los primeros, porque un jesuita varió de dirección la pistola con que iba á hacer fuego sobre su rival, pero no tardó en abandonarlos porque un abate cortejaba á una dama de quien él estaba enamorado. A veces sus burlas vuelan mas alto, caen sobre cosas sagradas, pero nunca da en la incredulidad, aunque dice: « El mas devoto no puede decir que creará siempre, ni el mas impío que no creará nunca » En las *Reflexiones sobre los diversos genios del pueblo romano*, razonó acerca del gran pueblo con una facilidad desconocida. En una palabra, Saint-Evremond es uno de los representantes del buen gusto de aquella época de reacción contra el entusiasmo; pero las burlas le granjearon frecuentes disgustos, que soportó con epicúrea alegría.

« Libro triste y desconsolador, especialmente para la juventud que no quiere ver al hombre tal cual es » llama Rousseau á las *Máximas* del Parisiense Francisco de La Rochefoucauld. Tomó este una parte muy activa en las contiendas de la Fronda, y las mezquinas ambiciones y los estudiados sacrificios que vió desarrollarse á su sombra, así como las ampulosas frases que tendían á proteger intereses insignificantes y personales, le habituaron á ver en todo fines ulteriores y motivos bajos hasta en la virtud; y del espíritu caballeresco de sus primeros años descendió á la fría moral de sus *Máximas*, que giran siempre sobre el tema *El amor propio es el motor de las acciones*. Flor de la corte de Luis, hizo algunas observaciones sin pedantería, aunque no las expone con ilación; de modo que el filósofo goza inquiriendo el encadenamiento que él no establece; el hombre de mundo ve allí retratada su habitual indolencia intelectual, el literato admira la brillantez, precisión y delicadeza de la frase, que con tal vigor llena su objeto, siquiera deje mucho que adivinar á la penetración del lector: el propósito de ser conciso le hace algunas veces caer en la oscuridad, y otras, por

Moralistas.
Saint-Evremond.
1613-1703.

La Rochefoucauld.
1613-80.

ser epigramático es cándido. En cuanto al fondo, peca por generalizar demasiado, y cree un arcano de la naturaleza humana lo que solo es un secreto de partido; sin embargo, no disgusta como Hóbbes, porque no ataca á la virtud sino en cuanto la reputa fingida; y al llegar á cierta edad, con harta frecuencia exclama el hombre al leerle: *Tiene razon*.

Esta misma idea de la miseria de las cosas humanas dominaba en otros á causa de sus ideas religiosas; y Pascal en sus *Pensamientos* juzga al hombre con una severidad que se creeria misantropía, á no dar por remedio la Gracia. Nicole, con jansenista austeridad, predica mas bien que aconseja, razona mas bien que conmueve; pero ni sus *Juicios temerarios*, ni sus *Medios de conservar la paz*, ni su *Armonía entre el amor propio y la caridad*, consideran con delicadeza ningun punto nuevo, ni penetran en lo recóndito del corazón (1).

Si La Rochefoucauld calumnia á la especie humana, La Bruyère (Juan de Dourdan) murmura de ella en los *Caractères*, empleando colores sombríos, pero sin arte, aunque nunca se vale del sarcasmo. Coloca al frente de sus obras los *Caractères de Teofrasto*, sin duda para dar á conocer lo que le aventajaba, y en efecto (sin tener presente las diversas condiciones de la política, la religion y la sociedad) el Griego apenas se para á examinar, y á veces juzga en masa y no por individualidades vigorosamente trazadas; La Bruyère presenta de vez en cuando individuos, mas bien que tipos, pero siempre con gran acierto, y los hiere en su parte vulnerable sujetándolos á multiplicadas y siempre recientes aplicaciones. Hombre de buen sentido y depurado gusto como sus grandes contemporáneos, con ayuda del estilo, la facilidad de la expresion, la docilidad y concision de las frases y las imprevistas antítesis, penetra y comprende cuanto interesa al alma, retratando y clasificando variadamente las indecibles gradaciones de los afectos humanos.

Deben clasificarse estos dos entre los moralistas, los escritores de *Memorias*, escritas con el inimitable espíritu que distinguió á aquella sociedad. Además de los que hemos citado, el cardenal de Retz escribió las suyas animando su relacion como actor del drama que describe con excelentes caractères, observaciones sutiles, rasgos de genio y originalidad de expresion. El duque de Saint-Simon, cáustico y profundo, observó por espacio de sesenta años la corte y la sociedad, y mientras los demás nos ofrecen la admirable regularidad del reinado de Luis XIV, él presenta su confuso movimiento, pues la

(1) *Jamais le cœur humain n'a été mieux analysé que par ses messieurs*. SÉVIGNÉ, Carta 82ª. Frecuentemente vuelve á hablar de ella, y por ejemplo en la 94ª: « Voyez comme il » fait voir nettement le cœur humain, et comme chacun s'y » trouve, et philosophes et jansénistes et molinistes, et tout » le monde enfin: ce qui s'appelle chercher dans le fond du » cœur avec une lanterne, c'est ce qu'il fait; il nous découvre » ce que nous sentons tous les jours, et que nous n'avons pas » l'esprit de démêler, ou la sincérité d'avouer. »

La Bruyère.
1644-96.

Fontenelle.
1657-1737.

Saint-Simon.
1675-1755.

primitiva constitucion estaba comprimida pero no abolida, y las formas sobrevivían al espíritu. Sin dejarse deslumbrar por el gran rey, ni corromper por la regencia, se inclina á los jansenistas, pero no los quiere en el parlamento; repugna el absolutismo, pero no concibe mas libertad que la aristocrática; no ve mas que la corte, y cree que solo con ella y por ella puede ser feliz la nacion. Se complace en recordar que Voltaire fué hijo del notario de su padre, y que le ha visto muchas veces llevarle documentos á firmar; lo examina todo con prolija atencion, su malignidad le sirve para adivinar las cosas aunque las exagera; presenta, en fin, una coleccion de cuadros admirables, desde el rey al paje, desde el general al confesor, desde el pío Fenelon al obsceno Dubois; y á pesar de que mezcla los colores, se distinguen bien, y pinta con tanta mayor franqueza cuanto que estaba decidido á no publicar nada durante su vida (1).

Estas son las verdaderas novelas de Francia y estas sus historias; pues por lo demás, exceptuando á Bossuet, no alcanzó aquel país gran nombradía ni en este terreno ni en el de la imaginación.

El último representante de aquella época fué Fontenelle (Le Bovier de), natural de Ruan, uno de los escritores de mas larga vida que conocemos, pues fué contemporáneo de tres generaciones. No es un grande escritor, evita los errores á que pueden conducir las preocupaciones y las pasiones, pero no hubiera podido concebir ni desarrollar un trabajo importante. Su mejor obra son los *Elogios*, que, como secretario perpétuo, hacia de los académicos que morían; y aunque no están exentos de la admiración, que era una enfermedad de aquella época, contagiosa en las academias, expone con una sencillez que se asemeja á la verosimilitud; además poseía todos los conocimientos superficiales y profundos que se requieren para semejante cargo, y el buen juicio necesario para huir de la afectación que otros creen inevitable. Fenelon habia escrito *Los Diálogos de los muertos*, que tenían por objeto primordial, como sus demás obras de educacion, la moral, pero eran sólidos; no perdonaba á los reyes difuntos sus vicios, pues de este modo queria corregir los de los reyes que aun vivían. Fontenelle en los suyos es muy dado á todo lo extraordinario y paradójico; busca con mas afan que Luciano los contrastes, uniendo á personas que en la vida habian estado completamente separadas; iguala las cosas que ménos se prestan á la paridad y nunca le faltan disculpas nuevas: este afan de novedad le condujo mas de una vez al sofisma, y casi nunca respetó las razones del gusto.

Sirvió de precursor al siglo siguiente al ensalzar á cierta parte del mundo que quiere con

(1) La primera edición de sus *Memorias* se hizo en 1789, en Londres, en tres tomos que contenían trozos escogidos y otros cuatro de suplemento, de modo que se resentían de confusion é incohesion, hasta que por fin en París se completaron y publicaron en 1821-31. (21 tomos en 8º.)

poco tiempo y escasa fatiga conocer los arcanos de la naturaleza y de la antigüedad; pretension arriesgada, á mi modo de ver, en atencion á que á las obras científicas el único ornato que les sienta bien es la claridad, el órden y la precision. Por esta razon amenizó el asunto de la *Historia de los Oráculos*, que tan enojosa hizo Van Dale. En las *Conferencias sobre la pluralidad de los mundos*, sostuvo con facilidad una opinion conocida ya y predicada, no solo por Campanella, sino por el cardenal de Cusa (1). Adopta por base los torbellinos de Descartes, aunque ya habian sido proclamadas las mayores verdades astronómicas, y de cuando en cuando condesciende con el escepticismo naciente. En vano se buscaria en él la profundidad de los diálogos de Galileo; pero seduce por lo extraordinario y maravilloso de su doctrina, y porque hace comprensibles las cosas mas abstrusas, proporcionando medios fáciles de parecer instruido, cosa que halagó á la negligente vanidad. La mezcla de la ciencia con la galantería estaba muy en moda en su época, y los cumplidos que dirige á su dama pudieran creerse necedades, si ella no mostrase que los merece por las excelentes objeciones que hace.

Creció su fama á medida que iban desapareciendo los grandes escritores, y que el talento sustituía al genio; y si, frio por deliberado propósito, juzgó erradamente las obras de sentimiento y de imaginación, sin embargo, aunque faltó de genio, formó una escuela que influyó sobre la generacion sucesiva, aplicando el arte del estilo á la ciencia, y la duda filosófica á las bellas letras. Recordamos con gusto que decia: « Nací Frances, he vivido cien años, » y muero con el consuelo de no haber ridiculizado en lo mas mínimo la mas pequeña » virtud. »

CAPÍTULO XIV

Lenguas muertas. — Crítica.

Algunos escritores, pues, se decidieron por la naturalidad, procurando retratar á la sociedad con su propio estilo: otros mejoraron este mismo estilo con el estudio de que hacían gala; pero unos y otros convinieron en la veneración hacia los clásicos, y conformes en los principios del arte, no disputaban sobre la ventaja de este ó de aquel modelo, sino que los estudiaban; la razon dictó leyes á la fantasía, y el arte se cifró en el modo de expresar las ideas mas universales con el lenguaje mas perfecto. Aunque la preponderancia de las lenguas vivas apartaba del cultivo y uso de las muertas que entraban

(1) « Suspicamur, in regione solis magis esse solares claros et illuminatos intellectuales habitatores, spirituales etiam quam in luna, ubi magis lunatici, et in terra magis materiales et crassi, ut illi intellectualis nature solares sint multum in actu et parum in potentia, terreni vero magis in potentia et parum in actu, lunares in medio fluctantes, etc. » Cusanus apud WILKINS, pág. 103 (edición 1802).

de nuevo en el campo de la crítica, no faltó quien se dedicase á su estudio con fervor.

Latinistas.

El del latín, emprendido con objeto de imitar á los clásicos, tuvo origen en el Petrarca; y tanto en su siglo como en el siguiente dominó aunque con escaso efecto, en atención á la carencia de medios que enseñaran á distinguir el puro del bárbaro. En tiempo de Poliziano se entendió mejor; se dieron á conocer autores mas antiguos, y se estudiaron con mas atención, hasta que se llegó á la época de Bembo, Sadoleto y Manucio, cuyos trabajos, así como los de Roberto Stefano y Nizolio, dieron corrección y delicadeza á la expresión. Ya hemos hecho mención de la *Historia* de la guerra de Flandes de Famiano Strada y de la de las Indias de Maffei, natural de Bérgamo, que por no dañar á la pureza, hizo que se le permitiese leer en griego el breviario. Pero muertos él y Mureto, el mal se agravó, á pesar de los esfuerzos de Lipsio, Scaligero y Grocio; lo mucho que decayó el rigor del siglo anterior lo prueba suficientemente Freinshem (1660) en las *Adiciones* á Tito Livio.

También se usó el latín en muchas controversias de aquel tiempo, pero especialmente en poesía, porque era de moda, tanto que en esta lengua escribieron todos los poetas de la época. Ya hemos hablado de Masenio en otro lugar, y luego lo haremos de los Italianos Ceva y Sergardi; y aseguran que este último apenas se diferenciaba de los satíricos latinos, y á estos podremos agregar á Averani, de Florencia, Capellari y Strozzi, que cantó el chocolate.

Renacieron entonces todas las empalagosas puerilidades de los acrósticos, composiciones en forma de figuras y enigmas. Baltasar Bonifacio publicó el *Musarum liber ad Dominicum Molarum* (Venecia, Pinelli, en 4^o), que son veintiseis páginas impresas, y veintidos grabadas, que representan estos objetos: *Turris, clypeus columnæ, calaria, clepsidra, fusus, organum, securis, scala, cor, tripus, cochlea, pileus, spathalion, rastrum, amphora, calix, cubus, serra, ara*. Mas extensa es la colección de Caramuel (Roma, 1663, en folio), de ochocientas treinta y cuatro páginas, y veinticuatro grabados, titulada: *Primus calamus ob oculos ponens metametricum, quæ variis currentium, recurrentium, abscentium, descendendum, nec non circumvolantium versuum ductibus, aut æri incisus, aut buxo insculptus, aut plumbo infusus, multiformes labyrinthos exornat*. Está dividida en ocho partes: *Podromus, Apollo arithmeticus, Apollo cetricus... anagrammaticus... analexicus... centonarius... polyglottus... sepulchralis*. Un jesuita tuvo la feliz idea de componer este verso:

Tot tibi sunt dotes, Virgo, quod sidera cælo,

capaz de sufrir tres mil trescientas doce combinaciones sin dejar de ser verso; y Ericio Puteano consumió cuatrocientas páginas en semejantes caprichos.

Francia se enorgullece de poseer la *Callipedia* de Claudio Quillet; no dejaron de escribir con gracia Menage, Fraguier, La Rue y el cardenal Polignac; los supera Renato Rapin que en tres mil versos cantó los *Jardines*; imita á Virgilio en la forma, es tan armonioso y suave como el objeto que canta, y á mi modo de ver también aventaja á Delille por la variedad de las descripciones; Santeuil celebraba las victorias del gran rey, y hacía inscripciones para los monumentos que le elevaban. Para esto nombraba el ministro cuatro individuos de la Academia de Ciencias, que también tenían á su cargo la preparación de medallas y la elección de divisas para los fiestas de Versalles. En 1701 se regularizó esta corporación, dotándola de cuarenta individuos, con el nombre de *Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, que no contribuyó poco al incremento del estudio de los clásicos.

La crítica gramatical había llegado á una altura portentosa, gracias á los esfuerzos de Gaspar Scioppio y Gerardo Vossio. El primero (1649) en abierta guerra con todos, con los protestantes á quienes había abandonado y con los Jesuitas á quienes no quería adherirse, agotó sus fuerzas en sátiras y litigios; criticó muy severamente á Ciceron; imprimió en Milan la *Gramática filosófica*, en donde, caso no raro, la filosofía solo está en el título, pues por lo demás no disiente de la opinión general sino en cuanto no coloca entre los verbos, los gerundios y los supinos. Escribió contra Strada, á quien detestaba por su gran reputación, la *Infamia Famiani*, echándole en cara muchas palabras bárbaras entresacadas de sus escritos; después en el *Judicium de stylo historico*, acusó también de barbarismos á De Thou, Lipso, Casaubon y á otros ultramontanos, no perdonando á Manucio ni á Maffei. Vossio (1649) cooperó, como ninguno, á la corrección con su *Aristarchus sive de arte grammatica*, y con un repertorio (*De vitiis sermonis et glossematis latino-barbaris*) de voces usadas por los modernos, aunque no autorizadas; añadió á esta obra las *Falso-suspecta*, reprobadas por los pedantes, pero apoyadas por él; y allí pueden verse cuántas voces se repudiaban porque no se hallaban en Ciceron.

Los Jesuitas fueron elegantes latinos, á pesar de su afectación, vicio introducido en aquella compañía, por la costumbre quizá de servir de maestros desde muy jóvenes. Entre sus muchos libros de educación no debemos olvidar las *Prousiones* de Famiano Strada. Son preceptos y ejemplos retóricos, en los que, entre otras cosas, se propone este difícil certamen de fingir una academia, en la que los mejores autores del siglo pasado presentan una composición, imitando á algunos de los poetas latinos mas célebres. Giano Parrasio imita á Lucano, Bembo á Lucrecio, Castiglione á Claudiano, Hércules Stozzi á Ovidio, y Andres Navajero á Virgilio; Querno, *instrumento de la voluptuosidad eru-*

dita de Leon X, improvisó varias bufonadas. Aunque el triunfo coronó sus esfuerzos, gran intimidad se necesita tener con los clásicos para pretender imitarlos uno por uno.

Los jansenistas de Port-Royal quisieron también emular en esto á los Jesuitas, y las gramáticas latinas y griegas de Lancelot fueron acogidas por todos como mas metódicas, mas sencillas y mas ricas en ejemplos: sin embargo, no están exentas de errores.

Con semejantes auxilios se consiguió mejorar las ediciones de los antiguos. Alemania, que después debía aventajar á todas las demas naciones, se contentaba con leer las traducciones que los Franceses hacían de los clásicos, y apenas es digno de alabanza Ezequiel Spanheim, ilustrador de los *Césares* de Juliano. Inglaterra, entre otros mas insignificantes, produjo á Ricardo Bentley de Oulton, hombre de inmensa y bien aprovechada erudición, de fácil y elegante estilo, jovial cuando quería, y que con un solo rasgo confundía á sus contemporáneos, poco avezados á una guerra tan poderosa como leal. Holanda descolló en estos estudios, y Daniel Heinsio, con una profundidad no acostumbrada, ejerció el sacerdocio de la crítica, limitándose á hacer algunas observaciones juiciosas. También á Grocio se deben algunas ediciones ilustradas con notas de otros autores. Muchas anotaciones, aunque sin orden, intercaló Gaspar Barth en la *Adversaria*.

Ya comenzaba á despuntar un nuevo género de literatura que debía con el tiempo adquirir gran importancia, y no solamente en las letras. Dionisio de Sallo, individuo del parlamento de Paris, publicó el lunes 5 de enero de 1665 el primer número del *Diario de los Sabios*, que continuó dedicándose á dar cuenta de los progresos de las ciencias y de las letras, con noticias breves y en su mayor parte laudatorias. No dejó de acarrearle enemigos el tono dictatorial y franco con que emitía sus opiniones, y se intentó someterle á la censura; y no resignándose á ella, cedió la publicación á Gallois. Con motivo de tratar este mas de ciencias que de letras, fundó Visé el *Mercurio galante*, dedicado á la poesía y al teatro, y no tardó en llamar la atención esta plática continuada con el público, dándole cuenta de sus propios pensamientos, aunque sin conexión y poco meditados.

Á principios del siglo XVIII contaba Francia, además de los dos mencionados, los diarios de *Trevoux* y de *Verdun*, que salían una vez al mes, pero no se les puede considerar como representantes de la literatura militante, como lo son los de nuestra época. Teníanse como órganos de la autoridad pública, y por tanto cuidaban de no herir á los autores; de modo que se limitaban á dar una ligera idea de la obra, clara é imparcial, eludiendo emitir su juicio, y permitiéndose solo esas frases galantes que el amor propio de los autores cree alabanzas. En las composiciones teatrales, especialmente hu-

biérase creído atentatorio á los intereses del autor la emisión de un juicio que no favoreciese á la obra; reduciáanse, pues, á hacer su análisis, como el autor mismo lo mandaba; excepto cuando la obra pasaba al dominio de las compañías, en cuyo caso emitían ya su opinión. Esta etiqueta degeneraba en insipidez.

En 1668 comenzó á publicarse en Roma el *Diario de los literatos* bajo la dirección de Francisco Nazzario, natural de Bérgamo; interrumpida en 1679 su publicación, volvió á salir á luz en 1686, gracias á los esfuerzos de Benito Bacchini, de Borgo San Donnino, que casi le llenaba por sí mismo, á pesar de las diversas materias que abrazaba. En 1671 comenzó á publicarse otro en Venecia, donde tuvieron origen las hojas políticas, que por la moneda que costaban tomaron el nombre de *gacetas* (1).

En Alemania aparecieron en 1682 las *Actas de Leipsig*, pero en latín y consagradas mas bien á lo pasado que á lo presente: el *Mercurio sabio* de Amsterdam vivió poco y mal; durante aquel siglo tuvo Alemania dos periódicos mas, y tres Inglaterra. Aun continuaba siendo objeto de admiración para los sabios que personas oscuras pudiesen y bastasen á juzgarlos; y los temores de un próximo rompimiento entre autores y críticos crecían por instantes, pero no faltó quien comprendiese su utilidad. En Holanda, con particularidad, hallábase en aquellas hojas mas erudición que hoy en abultados tomos, y se aumentó su popularidad porque para su redacción adoptaron el frances. En 1684 comenzó Bayle á publicar las *Noticias de la república literaria*, escritas con gran caudal de conocimientos, delicadeza, gracia y facilidad, y sobre todo con ese atrevimiento de emitir sentencias que deslumbraba á los eruditos á la violeta. Le Cler en Amsterdam le emuló con la publicación de la *Biblioteca universal* desde 1686 á 1693, á la que siguió la *Biblioteca escogida* desde 1703 á 1713. Acierto en la elección, lealtad en los análisis, rectos y concienzudos juicios, cuando no intervenían las preocupaciones religiosas, son las cualidades que recomiendan esta obra. En el número de las críticas figuran el *Polistor* de Morhof (1689), y los *Jugements des savans* de Baillet (1685), si bien se escribieron con tal premura que su parte literaria es casi insignificante. Los prólogos de este último fueron trasladados casi por entero al *Diccionario enciclopédico*, pero sin indicar su origen, siquiera por agradecimiento.

Abundaron las *Misceláneas literarias*, mas á propósito para los hombres de mundo que los libros sistemáticos, pues al fin servían de objeto de conversacion y de recreo; pues se componían de Memorias, cartas, viajes y diálogos. Los

(1) Marsand, en los *Manuscritos italianos de la Biblioteca real de Paris*, habla, en el número 869... « de un aficionado á curiosidades que en 1571... hacia copiar todos los artículos que se publicaban en las gacetas y diarios de las diferentes ciudades de Italia, » y asegura que existen novecientos en la Biblioteca real. Esta es una de las infinitas inexactitudes de aquel libro.

Misceláneas literarias.

Anas son una coleccion de dichos de personas célebres, como Scaligero, Perron, Piteo, Naudé y Casaubon. Los mas conocidos en aquella época fueron los de Menage (*Menagiana*), á los que se agregaron otros de diferentes géneros; y las *Misceláneas de historia y de literatura* de Vigneul de Marville, escritas por el benedictino d'Argonne, con tanta mayor libertad cuanto que escribía bajo el velo del anónimo, y con gran conocimiento de la literatura. Venció á todos los críticos y llegó á servirles de modelo Claudio Saumaise (Salmacio). Era hombre de una gran memoria, desarrollada y enriquecida por el trabajo y la soledad, pero se hizo tan presuntuoso, que dió en tierra con todas las reglas. En las *Plinianæ exercitationes* (1629) dice que, habiendo estudiado detenidamente á Plinio, le halló demasiado grande, y se contentó con su compilador Solino: así, pues, aquel fastuoso título solo ocultaba miseria: sostuvo una polémica con Milton, que era adversario superior á él.

Salmacio.
1653

Gronovio.
1671.

Á ninguno, como á este, se acerca Juan Federico Gronovio, natural de Hamburgo. Educado en la universidad de Holanda, se dedicó con especialidad á enmendar á los clásicos latinos, y suyas son la mayor parte de las notas de las ediciones *Variorum*, publicadas en aquel país de la erudición despues de 1660, tomando lo mejor de las anteriores, si bien á esta eleccion no presidieron siempre el buen juicio y el respeto, y creyó que era una nimiedad dar explicaciones acerca de su sentido literal. Jorge Grevio cooperó á esta empresa, y ambos á costa de grandes fatigas reunieron varios tratados de diversos autores sobre las antigüedades griegas y romanas.

Luis XIV mandó hacer varias ediciones para uso del delfín, por consejo del duque de Montausier, y bajo la direccion de Huet, con una glosa continua de los poetas y notas que explicasen cuanto se resistiese á una capacidad naciente. Por esta razon están llenas de cosas superfluas y de distinto mérito, pero redundaron en beneficio comun. Ediciones que alcanzaron gran éxito, hizo Tannegui Lefebvre (*Tanquillus Faber*), hombre impasible y que no temia que se le acusase de paradojista. Enrique Valois ilustró á Ammiano Marcelino y á otros, y figura entre los mejores editores. Luis Cousin (*el presidente*) ensanchó el campo de la erudición aplicándola á los autores del Bajo Imperio.

Y era el entusiasmo tan grande que cada escritor frances queria ser comparado á otro antiguo, y le tomaba por modelo y lo imitaba. Molière se educó con Lucrecio é imitaba á Plauto y Terencio; Rousseau buscaba inspiraciones en Pindaro; Boileau dictaba las leyes de Horacio; y criticaba las costumbres con el tono de Juvenal; Racine educaba su númen con los amores de Teágenes y Cariclea; La Fontaine con Platon y Plutarco, y reproducía á Fedro, y decia que tenia siempre en la mano á Horacio, Homero,

Ariosto y Tasso (1). No obstante, conservaban su fisonomía propia: hacian (si se me permite decirlo), imitaciones originales, porque Bossuet no es Crisóstomo, ni Racine Eurípides, ni Boileau Horacio.

El culto que se rendía á los antiguos produjo una polémica acalorada sobre quiénes eran más dignos de encomio, los antiguos ó los modernos. En cuanto á ciencias y filosofía, solo los pedantes podian vacilar, pero en cuanto á dición, elocuencia y poesía, ¿podian compararse á aquellos los modernos? Desmarets, ofendido porque su poema *Clodoveo* fué maltratado por Boileau, publicó una *Comparacion de la lengua y poesia francesas con las griega y latina*, de la que salieron mal parados Homero y Virgilio, y él se comparó con Tamerlan, vencedor de Bayaceto. El arquitecto Perrault escribió un *Paralelo de los antiguos y modernos en artes y ciencias* (1686), con bastantes conocimientos y gran tacto para utilizarlos: hace á Atenas inferior á Versalles en fábricas, é inferiores á los pintores antiguos comparados con los nuestros: no hay que decir cómo trata á Virgilio, á Horacio, y especialmente á Homero. Como sucede en todas las obras de este género, en la de que tratamos se juzgan los defectos, pero no se aprecian las bellezas, y ademas lo hacia con arreglo á las traducciones: esto no obstante lisonjaba el carácter de la época y la vanidad francesa.

Y ciertamente la cuestion podia debatirse entonces cuando se reducía á examinar si eran mejores los antiguos que sus imitadores modernos, cuando las obras maestras eran escasas y carecian del sufragio de la posteridad, y teniendo, como se tenia, fija la vista solo en la forma y olvidado el sentimiento religioso que es lo que separaba á entrambas sociedades. De aquí que unos y otros cayeran en el abuso, sin reparar en que nada puede ser grande sino á condicion de vivir en su siglo; unos despreciaban á los antiguos, porque habian escrito conforme á la indole de su tiempo, y otros creían que el estudio consiste en la imitacion, y esta en la falsificacion. Fontenelle combate á los antiguos con buen juicio, pero sin el sentimiento de la oportunidad; sin embargo, distingue el mérito literario del científico. Le Bossu se declara campeón de Homero, ensalzando sus bellezas sobre las de los demas poetas, al paso que Rapin, en el *Paralelo de los grandes escritores antiguos* (1668), da la palma á Ciceron, Virgilio y Tito Livio, con preferencia á Demóstenes, Homero y Tucídides, inmolando siempre la originalidad á la elegancia. Boileau, en una mezquina apología, mide la corte de Agamemnon por la de Luis XIV, compará á Racine con Homero y á Condé con Aquiles. La Fontaine que, sin embargo, creía que Planudio floreció hácia

(1) Terence est dans mes mains, je m'instruis dans Horace. Homère et son rival sont mes dieux du Parnasse. Plein de Machiavel, entêté du Borceace... Je chéris l'Arioste, et j'estime le Tasse.

el tiempo de Esopo, defiende á los antiguos, asegurando que los modernos no tenían ningun Platon, al paso que en Grecia hormigueaban (1), y que la oda en mano de los Franceses no era lo que debía ser, porque los Franceses tenían fuego y la oda requeria paciencia (2). Pero Fnelon supo apreciar « la elegante facilidad del mundo antiguo. » y de Homero, Jenofonte y Platon sacó el *Telemaco*. Ademas de estos escritores, tomó parte en la polémica el médico Patin, idólatra de los buenos tiempos antiguos, de tal modo que vestía como era costumbre cien años ántes, y desaprobaba los recientes descubrimientos de los médicos, especialmente el del antimonio y la quina.

El exámen cifrábase particularmente en las palabras, y Boileau decia que las palabras bajas envilecen la expresion. Ahora bien, Perrault habia hallado muchas de estas en Homero, y el preceptista no tenia mas recurso que negar que las hubiera y las pudiese haber. Pero Racine, lanzándose á la arena, sostiene que Dionisio de Halicarnaso redargüa á Homero por el frecuente uso de palabras *viles y bajas*; y despues de mostrar este pasaje á Boileau, añade: « He reflexionado que, en vez de decir que la palabra asno es nobilísima en griego, debisteis decir que nada hay mas bajo que ciervo, caballo y oveja: el *nobilísima* me parece demasiado fuerte. »

Tannegui Lefebvre, que queria justificar todo lo concerniente á los antiguos hasta el libertinaje de Safo, casó á su hija única con su discípulo predilecto Andres Dacier, natural de Castres. Los esposos, despues de abjurar del calvinismo, obtuvieron muchos favores, y se dedicaron á obras de erudición y de ingenio: pero (dice Boileau) « las obras de verdadero talento son de ella. » La Dacier, aunque mas verasada que su marido en el latin, griego, antigüedades y crítica, le hizo dichoso, y no se mostró pedante. Suplicada por un importuno para que escribiese cualquier cosa en su *álbum*, ella, despues de resistirse largo tiempo, puso su nombre al pié de este verso de Sófoles: *El silencio es el mejor adorno de la mujer*. Los dos esposos debian, por herencia, erigirse en campeones de los Griegos y los Romanos, fijándose en los errores y las irreverencias que cometian sus impugnadores, pero no en la idea del progreso; y Mad. Dacier se lanzó á hacer frente al mal gusto con una imprudencia apenas perdonable á la sinceridad.

Dacier.
1651-
1722.

Lamotte (1731), poeta muy nombrado, pero acompasado y pródigo en figuras y en fórmulas preestablecidas, alacado por ella en particular, la respondió con las *Reflexiones sobre la crítica*, escritas con soltura, pero sin inquirir mas que ella las verdaderas causas ni las íntimas diferencias, deteniéndose únicamente en el artificio

Lamotte.
1672-
1731.

exterior, y acabó de comprometer su propia causa con la traduccion que hizo de Homero, modificándole, es decir, expurgándole de todos los que él creía defectos. Mas notables y dignos de alabanza son los esposos por la erudición, que demostró él en las traducciones de Horacio, Aristóteles, Sófoles, Platon y Plutarco, y ella en las de la Iliada, la Odisea y algunas comedias de Terencio y Plauto.

Un siglo despues vino La Harpe á hacer la historia de semejantes cuestiones; y aunque la crítica y la erudición habian llegado á grande altura, todavía no veía mas que Griegos y Romanos en la antigüedad, y Franceses en la edad moderna, notables, á su modo de ver, solo por que habian seguido las huellas de los Griegos: en cuanto á los Alemanes é Ingleses, decia que eran unos Bárbaros solo porque habian sabido conservarse Alemanes é Ingleses.

De un modo particular y mas elevado consideraban las cuestiones los solitarios de Port-Royal. Cuando San Cirano fué puesto en libertad visitó á Le Maitre, el cual le enseñó la traduccion de los *Oficios* de Ciceron que habia hecho por consejo suyo, y San Cirano se mostró poco satisfecho de habersele dado; no obstante, entre las razones que le habian sugerido esta idea, aduce en primer término la de estar Dios, con toda la verdad del orden de la Gracia, representado en el orden de la naturaleza y en el civil no ménos que en la ley de Moises. Pero en los *Oficios* una verdad concerniente al poder sacerdotal le demostraba que un pagano habia descubierto el fundamento de todos los poderes civiles y eclesiásticos, que Dios habia transmitido á los hombres, mejor que despues lo hicieron las escuelas. Y añade: « Preciso es confesar que Dios ha querido que la razon humana hiciese todos sus esfuerzos ántes de la ley de Gracia, y que no volverán á nacer Cicerones ni Virgilio. »

Ninguno en verdad, en aquellas luchas, elevó la historia literaria hasta el Calvario para distinguir el dominio de lo bello que le precedió, del dominio de lo verdadero que le siguió; tampoco hubo quien viese en el fondo de esta cuestion la de la perfectibilidad humana. Sin embargo, salió una noble voz de Port-Royal que dijo: « No solo el hombre progresa en saber cada dia, sino todos los hombres unidos hacen continuos progresos; de modo que el género humano al cabo de tantos siglos debe ser considerado como un solo hombre, que subsiste siempre y aprende de continuo; y la vejez de este hombre universal es preciso buscarla, no próxima á su nacimiento sino muy lejos. Los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todo, y habiendo nosotros unido á sus conocimientos la experiencia, hija de tantos siglos, en nosotros es donde se debe buscar esa antigüedad que soñamos hallar en ellos (1). »

(1) PASCAL.

(1) « La Grèce en fourmillait dans son moindre canton. »
(2)L'ode qui baisse un peu.
Veut de la patience, et nos gens ont du feu.